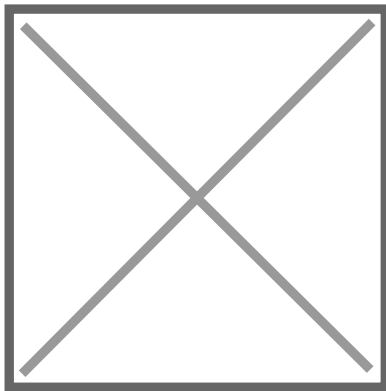




Los Párpados del Bosque

LOS OJOS DEL BOSQUE
Julien Grecc, Editorial Anagrama, 1984, 200 páginas.

por Luis Vargas Saavedra

A un bosque es enviado un joven temiente llamado Grange. Estará a cargo de tres toscos e leales soldados. Deben vigilar la frontera de Francia hacia Bélgica. Están al borde de la Historia: agazapados esperando la invasión nazi. En ese selvático albergue se amoldan hasta lo doméstico, Grange, que es persona leída sin ser leturado, capta su entorno ayudándose de la literatura y de sus plémidas cinco sentidos.

Mediante ellos nos mete al bosque. Para mí, esa es la obra: la hechicería de atraparnos con sus sentidos, que nos hacen oír el silencio, degustar la niebla y ver lo invisible. Con tales sentidos él va destruyendo la guerra, no en su configuración tridentada sino en los efectos que la interviene: villas vaciadas de gente joven, luego de los viejos, hasta quedar como unos cachivaches entre la maleza. Pero toda esa es una crónica de lo que antecede a la metralla y al bombardeo loco está tensada de espera, de ganas de olvido, de inminencia. Pienso las frases, cargadas de peligro.

En tanto que Grange piensa y siente. Piensa que el bosque sigue siendo El Bosque, que majestático y ancestral, donde la presencia de la Historia Antigua prosigue latiendo en las circunstancias, que se repiten o ríen. Para él los troncos o los matorrales nunca han dejado de ser escenario de guerrilla... merovingio o gala. Por que las actividades de su soldadesco calzan los entronamientos y las adaptaciones al bosque, que ya estranaron los preteritos guerreros que colgaban de las ramas sus escudos, ahora son fusiles. "Si se cierran los ojos unos segundos —puede Grange— los ejércitos modernos siguen resonando aún con todas las armaduras de la guerra de los Cien Años".

Alemánia (le rapone, lo sabemos), bulle y avanza. En tanto que Grange goza ese paréntesis. Salomónicamente siente que sus gestos ya fueron trazados por otros soldados en la misma zona. No es el cliché de que la Historia se copia, sino que la geografía no se borra. Están en un lugar estratégico, las Ardenas, al borde de Bélgica, donde las mesetas de bosques tupidos entranan su techumbre sobre laberintos horizontales y verticales (las quebradas a pique, y al fondo los ríos profundos). Todo ese lujo geológico, con su sobrepuesta suntuosidad de flora y fauna, sigue intacto en torno a Grange. Nos hace sentir, como el Dante, su país abarcado desde lo alto, a lo ángel o a lo genio: toda la Francia más la Bélgica, ocultas a la noche, confiadas a las estrellas... Y nos hace estar con él en las noches de vela y de excurción, cruzando humedades que parecen entidades con leyes propias.



El Bosque se nos transforma, a él y a mí, en un Edén. Como siempre, amenguado. La serpiente es Hitler. Hay también una Eva, pero se llama Mona.

No lo induce a mal, lo conduce al amor. Y lo seduce. Con solo ser sencilla, le enseña que puede simplificarse. Grange, dentro de ese retiro, atribuido y aceptado, se deja encontrar por ella y logra encontrarse por él mismo: descubre que puede cortar "el hilo podrido" que lo ataba a niñedades y tantos apegos. Y procede a cortarlo.

Por su búsqueda de la libertad total, sobre todo la interna. Los ojos del bosque se parecen muchísimo a Rayuela, de Julio Cortázar. Ambos efectúan una romería hacia lo desentendido. Suele estar dentro de uno.

La tragedia fermenta en el cuándo: en el calendario de invasión en ciernes, que acecha con toda su muerte a cuestras. Usudi, ya está adviniendo lo que sucederá cuando Grange se descubra por fin en un Edén recuperado justo al borde de la muerte. Usted habrá adivinado la índole del desenlace. No su tono. Tampoco su maravilloso soslayo de complicidad —otro parecido con Cortázar—, que sabe involucrar al lector. En cualquier caso, nada impediría saber que va a morir, puesto que lo presentimos desde las primeras escenas de acantonamiento. Incluso el estoicismo, que se volverá fatalismo, ya preanunciaba el aliroz. Si el autor no está trabajando con las triqueñuelas del suspense, es decir, no ha ido instalando minas para la sorpresiva explosión final, eso quiere demostrarme que debo leer gozando eso a medida que sucede. En la prolisa secuencia en que sucede. Porque es igualmente crucial el disfrute de los cinco sentidos descifrando el bosque y sus criaturas, que "la aventura"

de Grange, con su debido desenlace.

Hace huir a Mona. Dos compañeros mueren. Por fin queda solo. Era inevitable, porque jamás quiso alejarse (puñendo) y nunca pretendió defenderse bien.

Lo sepa o no, lo quiera o lo desdén, su mesurada saga desemboca en un aceptación del destino, que se me ocurre la necesaria culminación de quien ha hecho de los sentidos una filosofía.

Si usted quiere dejar de ser usted mismo, métase en el bosque con Grange, bien pronto estará allí, no solo con él sino en él, impersonificado como Rilke en un cartero.

En la literatura universal casi no hay olor. Tenga que ser la Francia de los parpados la que aperturara oído y verba para palpar tamaño falencia. "El aire oía a pernod, a tabaco frío y a carne pesada..."

Este libro ejecuta la magia de robarnos de nosotros mismos. Yo estuve en las Ardenas, yo he sentido los ríos como herminas, los vuelos de aviones iguales que cardúmenes, la viudedad de las gallinas abandonadas en las granjas, y el encanto torrencial de quien encarna el Bosque: Mona.

Es un llamado a aceptar la muerte, una vez que se le ha hallado sentido a la vida; justo entonces, implacablemente entrecer. Cosa atroz... Pero real, posible y noble. En Grange, adquiriremos un mundo más intenso, gracias a sus cinco sentidos púeres y gracias a su honestidad para no escabullir las consecuencias de lo dicho.

Los ojos del bosque, evitando la historia de la Ilíada, se aventura en la saga íntima de un hombre en medio de una búsqueda personal que sucede —irónicamente— en medio de un zafarrancho diabólico. Y así, él topa con su paz, cuando en torno suyo la Paz comienza a ser ganada. ■



Julien Grecc

Biografía

JULIEN Grecc nació en Francia en 1910 y su verdadero nombre es Louis Peirier. Fue profesor de historia y geografía y ha mantenido una vida solitaria y oscura que lo llevó a rechazar el Premio Goncourt, en 1951, y su nombramiento en la Académie Française.

Es autor de *Au château d'Argel* (1938), *Un beau ténébreux* (1945), *Le rivage des Syries* (1951) y *Un balcon en forêt* (1958), obras que, según André Breton, fueron las primeras y únicas novelas surrealistas, por sus intenciones, su simbología, su universo imaginario y su extrema exigencia.

Entre otros ensayos ha publicado *La littérature à l'estomac*, *Leitrim* y *En l'honneur de l'écriture*.

Texto Escogido

"HAY horas en las que parece que la enorme palma de una mano cae pesada y repentinamente sobre la tierra repleta de noche, como el manto suave y repulsiva del carnicero que palpa un momento el frontal de un animal, antes de descargarle el golpe de maza, y con aquel peso en aquel mismo momento la propia tierra comprende y se descompone: se diría que había su luz se vuelve rancia, que la mañana sopla blanda y cálida sobre ella, como a través de un hocico inabordable. No ha llegado todavía ninguna señal descifrable, pero la angustia ya está ahí, en el aire repentinamente espeso en el cuarto de un enfermo; de repente el hombre ya no siente ni hambre ni sed, sino tan solo cómo su valor se le vacía por el vientre, como si el mundo le diera vueltas en el corazón."

Los párpados del bosque [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los párpados del bosque [artículo] Luis Vargas Saavedra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile